

nal, vuestras tierras; dejadles dirigir los trabajos; encargaos de ellos si os parece, asociándolos á los beneficios que puedan resultar; pero no tomeis sobre vos el compromiso de hacer ganar dinero á nadie, y mucho menos el de tomar á préstamo, para un negocio problemático, la menor cantidad: dada vuestra imaginacion y vuestro valor, estariais perdido irremisiblemente.

Convencióse, y resolvió someter su proyecto á los colindantes á quienes pudiese interesar para que le secundasen.

Yo debía trazar el proyecto apoyándolo en todos los cálculos necesarios; pero quise acompañarlo tambien del cálculo de todas las eventualidades que pudiesen doblar y aun triplicar los gastos: las crecidas inesperadas que podian inutilizar los trabajos comenzados, la dureza de ciertos terrenos y la falta de solidez de otros, etc., etc. Estas previsiones tan naturales le consternaron.

—No, no saldremos en bien, dijo; no encontraremos nadie que sea bastante rico ó bastante confiado para aventurarse. Dejemos dormir el proyecto hasta que acierte á dar con los accionistas que me son necesarios. Mañana os hablaré de otra cosa.

V

PASÁRONSE á todo esto unos ocho dias. Estaba yo perfectamente; tenia buena cara, buena cama, y todo lo necesario propio de una casa bien ordenada y mejor conducida. Admirábame á cada paso el orden y actividad de Mlle. Morgeron, y la inteligencia y sumision de Tonino. Me parecia que á tener Juan menos ambicion, podia ser el hombre más feliz del mundo; porque su hermana cuidaba de todo con mayor inteligencia que satisfaccion propia: la necesidad de *hacer que se hablase de él*, justificaba una afecion real ó una solicitud continuada.

Mi papel frente á frente de aquella jóven hubiera podido ser difícil, si ella hubiese desconfiado de mí; pero comprendió enseguida, que si yo tenia cierta influencia sobre su hermana, no la utilizaba sino para moderar su exaltacion; así es que me trató desde luego con deferencia singular, dejando que le desengañara pacíficamente.

Al terminar la semana, creyendo haber obtenido la victoria, pensé en dejar mis huéspedes, porque Juan no me hablaba de otro proyecto alguno, y no sabia yo ver en qué podia serles útil en aquella no extensa propiedad, perfectamente llevada

por su hermana. Sin embargo, me pareció que Juan se había disgustado después de haberle dicho que yo debía irme. No me contestó nada; y sujetando su frente con ambas manos, procuraba ahogar grandes suspiros. No comió y continuó silencioso todo el resto del día, y observé además en la manera que su hermana le miraba, sin interrogarle, que no dejaba de estar inquieto por ello.

Al ponerse el sol, fui á sentarme en una roca para contemplar el admirable paisaje que nos rodeaba; de súbito, y sin que yo lo hubiese advertido, alguien se acercó hasta mí, caminando cautelosamente sobre la yerba y sentándose á mi lado.

Era Felicia Morgeron.

—Oid, me dijo, vos sois altamente honrado y razonable; es preciso que me ayudeis un poco á distraer y evitar, en lo que quepa, la locura de mi hermano. Lo conozco, está enfermo, es capaz de morir de pena, dada la manera como se ha puesto desde hace tres días. Yo no puedo soportar esto sola. Habeis visto que he hecho cuanto me ha sido posible para volverle á la razón. He procurado valerme de los medios que me han ofrecido la vanidad, el ridículo y la compasión; nada he conseguido. Sigue enamorado de su ideal aun más que antes. Hace diez años que no se alimenta ni sueña en otra cosa que en ganar el dinero que ha menester para emplearlo en su obra. No creo humanamente posible conseguir ahora disuadirle; es ya muy tarde. Es pues indispensable hacer lo que él quiera; así es que he venido principalmente para deciros que ya no me opongo. Sin embargo, no se lo digais, porque envanecido por su victoria, se adelantaria inmediatamente en sus proyectos, yendo mucho más lejos de lo que buenamente podemos uno y otro. Poneos vos al frente de su empresa, ya que así lo

desea, empleando solamente vuestro talento y vuestra habilidad, en hacer durar la obra mucho tiempo: diez años, doce ó quince, si es esto posible.... Cuando ya nada tendremos, le será indispensable detenerse; pero habrá vivido dichoso diez, doce ó quince años, y esto bien vale la pena de que yo me sacrifique.

Admirábame de la abnegación de Mlle. Morgeron, pero creí de mi deber asegurarla de las consecuencias del disgusto de su hermano. No se me hacía posible que tomara él las cosas tan á pechos que pudieran llevarle á la muerte.

—¿Sabeis, repuso ella, que temo todavía algo peor? Puede realmente volverse loco; no sabeis aun lo exaltado que es. No se ha atrevido aun á manifestárnoslo, pero hace ya ocho días que no duerme. Pasea por su cuarto ó por el campo, habla sólo, y tiene calentura. Y yo no quiero esto; os lo aseguro. Cuando con el dinero se puede impedir una gran desgracia y salvar la persona á quien más se ama, no sé explicarme que haya quien vacile.

—Teneis un gran corazón, la dije tendiéndole la mano y apretando la suya con emoción. Lo que me acabais de decir me agrada muchísimo y me reconcilia con vos por completo.

—Me creiais interesada ¿no es verdad? repuso ella en tono indiferente.

—Cuando se trabaja como vos trabajais con febril actividad para realizar proyectos que aseguran un porvenir, cualesquiera que ellos sean, el abandonar semejantes proyectos, es siempre, tratándose de un carácter positivo y sensato como el vuestro, un gran sacrificio.

—No sé si soy ó no sensata, pero sí soy en efecto positivista. He trabajado siempre por el gusto de trabajar; no sabia vivir de otra manera. Gusto de los trabajos acabados. Proyectos, no los he acariciado jamás por cuenta mia. Ya veis pues como el sacrificio no es muy grande.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—Lo que estais diciendo me admira; pero aun cuando no tengo el derecho ni la intencion de interrogaros, permitidme solamente que os diga, que yo no puedo en conciencia, prestarle á vuestra ruina, ni quiero fomentar la temeridad de vuestro hermano para dulcificar en manera alguna las verdades que le he dicho y demostrado. No soy ingeniero, pero tengo bastante experiencia y sentido práctico para estar convencido de que no me he equivocado. ¿Cómo quereis que vuelva ahora sobre mis asersiones?

—No os desautoriceis, enhorabuena, pero aceptad el prestarle vuestro concurso jugando el todo por el todo. Hacedos cargo de la necesidad, M. Sylvestre. No creais que vuestra prevision vaya á desviarle de sus ideales. Cuanto más difíciles y peligrosos se le presentan, más se entusiasma y encariña. Si vos le abandonais, buscará, de seguro, otro consejero que resultará positivamente menos escrupuloso y menos sincero que vos, y que, en lugar de economizar el tiempo y retardar la decepcion, absorberá brevemente todo nuestro haber con las ilusorias esperanzas de mi hermano.

La insistencia de Felicia Morgeron me apenaba en verdad, pero yo procuraba rechazar el papel que se empeñaba ella en que aceptara. Como tenia el carácter imperioso, exaltábase en la discusion, animándose hasta la impaciencia.

—¡Cómo! exclamaba, ¿quereis decir que yo no tengo el derecho de arruinarme por un capricho de mi hermano? Atended; es preciso terminar. Lo que vos no sabeis todavía, lo sabreis el dia menos pensado; si continuais solamente un par de semanas en la comarca: prefiero pues decíroslo yo misma desde luego.

“Sabed que yo se lo debo todo á mi hermano, y que no vivo sino para él. El me perdonó lo que nadie en la familia ni de

la comarca me perdonará jamás. A los quince años fui seducida por un forastero que me abandonó luego.... Mi padre, rígido protestante, me echó violentamente de su lado. Mi madre murió del disgusto.... ¡He vagado errante por los caminos! he pedido limosna! Rechazada por todas partes, con mi



hijo en brazos, pude llegar á Italia en busca de mis parientes maternos. Eran pobres, y, por esto sin duda, me acogieron. Trabajé, pero fué tanta mi fatiga, que caí enferma perdiendo á mi desgraciado hijo! Yo esperaba y deseaba la muerte, cuando se acercó á la cabecera de mi lecho de agonías, un pobre soldado. Era mi hermano Juan que nada habia sabido de mi des-

gracia, estando en el ejército. Acababa de saberlo; y habiendo terminado el tiempo del servicio, venia á buscarme. Sus bondades y su cariño me salvaron. Ayudóme en mi restablecimiento y me condujo aquí. Nuestro padre se indispuso con él porque me habia perdonado. Su novia, que esperaba su regreso, le dijo terminantemente que no se casaria con el hermano complaciente de una mujer perdida; y que si yo continuaba en la comarca, tomaria por marido al rival de Juan.

„Juan me ocultó todo esto; cuidando de mí y prodigándome su cariño por espacio de dos años que tardé en restablecerme por completo, es decir, en estar en disposicion de hacer algo. Si él no ha recibido la bendicion de su padre meribundo, ni se ha casado, ni ha sido bien mirado por ninguno de sus convecinos, y si es tenido todavía por un mala cabeza y por hombre sin religion, todo es por causa mia.

„¿Qué quereis? las gentes son así en este religioso país. ¡Católicos y protestantes hacen gala de su intolerancia!

„Yo soy por lo tanto una mujer perdida y sin porvenir alguno, que he matado igualmente el porvenir de mi hermano. Somos sin embargo bastante ricos para poder encontrar, él una mujer y yo un marido; pero para ello deberíamos, en nuestro concepto, descender demasiado, y nuestro orgullo no nos lo permite. Lo único que separa á mi hermano de ese pantano de disgusto y fastidio, es precisamente lo que vos creéis que debe desechar, es decir, el hábito de la fe en sus emprendedores ideales. Ya hubiera indudablemente realizado los grandes proyectos en que sueña, si hubiese tenido mayor instruccion y más paciencia. Está convencido de lo que le hace falta, y esto le mortifica. Sabe que tiene ideas, pero que luego resultan impracticables.

„Yo sé contar, pero no inventar; y al ver que sus invenciones resultan estériles, pues le hago la contra sin poderle dar explicaciones bastante claras, nos disputamos, naturalmente

sin dejarle jamás convencido ni satisfecho. Mi trabajo regular y metódico le impacienta; y sin embargo yo no trabajo más que para él; no amo á nadie más que á él, no procuro adquirir sino para el fondo comun; y el orden que aquí se ve, hace que cualquiera nos haga la justicia de confesar que es productivo. Reconócese que conseguimos utilidades, y que, si somos impíos, como por ahí se dice, no somos avaros ni miserables.

„Ahora, señor mio, ya lo sabeis todo; y veis de seguro, que, si mi hermano insiste en su ideal, yo debo, bueno ó malo, aceptarlo, viendo como desaparece todo nuestro patrimonio y todos nuestros ahorros, aunque deba pedir limosna ó escarbar el suelo con las manos „

—Y bien, respondí yo vivamente impresionado por lo que acababa de saber, ¡no hay necesidad de llegar á tal extremo! Es preciso emplear noble y útilmente vuestra fortuna, alimentando la ambicion de vuestro hermano con proyectos realizables. Ya le conozco ahora bastante para saber que tiene la pasion de la inventiva; es preciso pues hacer que encuentre él mismo el alimento necesario á la actividad de su espíritu. Es imposible que no encuentre en vuestra casa ó á vuestro alrededor alguna cosa seria que emprender. Yo sé que él ha acariciado otra idea acerca de la cual no he querido que me diera explicaciones. He temido disgustaros y alentar algun nuevo desvarío; pero ¿quién sabe si anda él por mejor camino, y si no me será posible acaso alentarle esta vez, sin faltar á mis convicciones ni haceros correr grandes peligros?

—Dejádmelo probar; y si es indispensable de todo punto que perdais dinero, procuremos que obtengais al menos alguna gloria.

—No hay que preocuparse por la gloria que pueda á mí caberme, dijo Felicia; ya no me inquieto por nada de este mundo. Todo está roto completamente entre la opinion y yo. Ya tengo hechas todas mis resoluciones, y nada me incita ya

ni mortifica. Estoy demasiado ocupada para soñar; pero mi hermano tiene necesidad de que se hable de él, y á pesar de haber vituperado y censurado esto que llamamos su debilidad, comprendo su energía.

„Hacedlo pues todo por él, nada por mí, si quereis que yo os bendiga y estime.“

Y al decir esto, se fué precipitadamente, sin esperar mi contestación, despues de haber pronunciado con acento rudo y bastante frio dichas palabras, á la vez enérgicas y tiernas.

VI

No sabia, pues, ó creia saber todos los secretos de la familia, lo cual no dejaba de espantarme un poco, no por la dificultad de serles útil, pero sí por verme precisado á fijar mi vida en el seno de aquellas existencias conturbadas.

Sentíame necesitado de reposo despues de mis propios desastres; mi puesto estaba en la libertad y el aislamiento; es decir, en trabajar todo el dia fuera de toda responsabilidad. Temíame que al atarme á la vida agitada y harto excepcional de los Morgeron, no habia de encontrarme mejor ni más dichoso que con mi propia familia, y no sin cierto miedo me veia investido por la confianza de Felicia de un deber grandísimo que podia sujetarme para siempre.

No obstante, yo acababa de aceptar el compromiso ineludible de este deber, bajo el efecto de la emocion. El breve y descarnado relato de aquella jóven desgraciada y estóica, me la habia hecho interesante en alto grado, casi tanto, como á su hermano. Existía en la mansion de aquellos dos séres, á falta de atractivo y candor, cierta grandeza de ideas y sentimientos que se imponian á mi veneracion.

Envidiados por su fortuna, criticados por su excentricidad,

infamados por la falta que sobre ellos pesaba, tenían necesidad de un amigo. El primer paso que yo había dado dentro la libertad de mi incógnito, me ponía en las manos un trabajo, por cierto, delicado.

No creí, pues, deberme sustraer; empujado por mi corazón como por mi conciencia, me dejé deslizar por la pendiente que debía arrastrarme á un nuevo abismo de tormentos y dolores.

Lo que acabó de decidirme por completo, fué el descubrimiento que hice al día siguiente del medio fácil y seguro de realizar el ideal de mi huésped.

Al despuntar la mañana, vagaba yo por los senderos de su propiedad, examinándolo todo, bajo una impresión nueva que me llamaba á escudriñar todos los accidentes del terreno. Era aquella, á decir verdad, una propiedad casi tan rara como los que la explotaban. Componíase, por cierto, de dos regiones superpuestas.

La parte situada á la ladera de la montaña componíala una zona de tierras excelentes, sustentada á trechos por contrafuertes de rocas naturales. Ricos pastos, viñedos, hortalizas y cereales, todo prosperaba espléndidamente en aquella región, al nivel y mucho más allá del chalet; pero en la parte baja todo era desorden y desolación. Dos torrenteras que se daban la mano en una estrecha y profunda garganta, iban al torrente principal á revolver las tierras y á amontonar los pedregales. Llena de hendiduras y quebrantada por mil puntos diversos, presentaba una especie de laberinto de destrozos, de pedruscos perdidos en los pantanos, de árboles arrastrados de las alturas, de zanjas misteriosas, de escondrijos selváticos y de abismos impenetrables.

Este caos de rocas, de arenas y de verdores, hubiera hecho

la delicia de un pintor; y sin ser pintor, ni mucho menos, no hubiera yo querido variarla en nada, si aquella fantástica posesión hubiera sido mía.

Pero al explorar, no sin riesgo de la vida, la garganta en la cual se desviaban con gran ruido ambas torrenteras, descubrí algo que se hubiera podido llamar impunemente una mina de tierra: era una acumulación soterrada de tierra vegetal de primera calidad.

Arrancar aquella tierra al abismo donde se había ido amontonando á fuerza de años, en una hendidura profundísima entre rocas, hubiera sido un trabajo gigantesco; pero obligar á las aguas, que habían enterrado allí su contingente, á llevárselo nuevamente por otro camino, entregándola al cultivo, no me parecía ser muy difícil. No se necesitaba más que volar una roca de la mina que les cerraba el paso, dirigiendo su curso hácia la casi isla formada por el espacio que Juan ambicionaba aislar. Aquel bajo suelo que el río inundaba de continuo, debía llenarse y subir pronto á cierta altura capaz de resistir las avenidas, si se conseguía enriquecerlo con todos los restos y residuos fecundantes que aportaban los pequeños torrentes. Necesitábase saber, por lo tanto, si aquellos restos procedían de una región bastante extensa y rica, para no exponerse á la falta de alimento necesario á la acumulación que era indispensable.

Fuí en busca de Juan; le encontré sombrío y taciturno; no había dormido en toda la noche ni se había desayunado aun.

Cuando le hube interrogado acerca de lo que yo deseaba saber:

—¡Ah! Señor mío! exclamó amargamente, ¡se os ha ocurrido lo mismo que á mí! Ya había yo descubierto la mina de tierra; y como forma parte de mi propiedad, había también pensado

en los medios necesarios á extraerla del abismo; pero aquel lugar ha sido excavado sin duda por el mismo diablo, así es que para facilitar el acarreo se necesitan recursos de los que yo carezco.

—Tambien, le dije, he pensado en que no hay que soñar en ello. Pero falta antes saber si la verdadera mina, es decir, la procedencia de las tierras que el agua conduce se encuentran á cielo abierto. ¿Dónde están situadas? Vos debéis saberlo.

—Sí, lo sé; pertenecen á un pobre pelele que no puede aprovecharlas, pues carece de medios para cerrarles el paso; pero si sospecha que yo pretendo explotarlas en provecho mio, pedirá por ellas tres veces más de lo que valen.

—No importa, dejad que yo haga mis cálculos; y si resulta que dichas tierras pueden venirse á nuestro campo sin dispendios, puesto que el torrente se encargará de ello, aumentarán su valor, al estar abajo, en veinte veces del que arriba puedan tener. No temais, pues, emplear mal vuestro dinero.

—Pero ¿qué haremos de estas tierras acarreadas cuando estén abajo, puesto que se irán enterrando en abismos que no podrán llenarse en cien años?

Estaba viendo que Juan no habia acogido mi plan, ni manifestaba deseos de acogerlo. No se encariñaba más que con sus propios pensamientos. Era pues indispensable, no solamente hacerle aceptar mi idea, sino persuadirle de que era suya.

—Señor Morgeron, le dije, advierto que os estais despreciando á vos mismo. Me habeis estado hablando metafóricamente, creyendo que no adivinaria vuestro proyecto, pero yo no he olvidado que vuestra principal idea consiste en conducir el torrente hácia vuestra proyectada isla.

Un rayo de luz iluminó su frente, y vaciló un momento para penetrarse de mi aserción.

—¿Es verdad que os he dicho, exclamó, que creia poder hacer lo que estais diciendo?

A mi vez, yo vacilaba tambien en mentir; pero era preciso hacerlo para salvarle, y pretendí probarle que me lo habia dado á entender. Al propio tiempo le insinué diestramente la idea que habia tenido de volar la roca, lo cual nada ofrecia de difícil.

Pude observar en el fondo de su mirada una lucha bastante seria, trabada entre su orgullo de inventor y la lealtad propia de su carácter.

Esta le arrastró.

—Vos me engaÑais, díjome echándose en mis brazos; jamás he soñado en lo que estais diciendo; pero es tan honrosa la adopcion de una buena idea como su misma concepcion. Haremos saltar la roca, compraremos los terrenos de la y.... ¡No! Compraremos desde luego el prado, y cuando lo poseeremos, le ayudaremos á precipitarse con el pico y la zapa.... ¡No! Procuraremos prudentemente no embarazar la rasante del torrente que es muy peligroso, é iremos viendo crecer y crecer la isla proyectada como por encantamiento!... En diez años se habrá hecho una montaña, ó una colina cuando menos, que podremos cercar fácilmente. Tengo estacas enormes, soberbias; la corta de árboles que hice en el Simplon, y en la cual habeis trabajado por mi cuenta, no está destinada á otra cosa.

No dirá ahora mi hermana, que es esto dinero perdido para guardar guijarros.

Tendremos cada año un metro de espesor de buenas tierras de brezo; ten....

—¡Cuidado, cuidado, no os precipiteis! Calculemos antes los gastos y perjuicios que pueda ocasionar anualmente desde su origen. Esto es muy fácil de averiguar; subámonos un dia paseando.

—Está bien, pero yo sé otra cosa; sé cuál era la estension

de la pradera hace veinte años. Hace todo este tiempo que las aguas no pasan por allí. Desde que se ha abierto este otro paso, han disminuido una cuarta parte. En la actualidad, va trocándose en pedregal; la roca que la conduce está minada por debajo, se la puede ayudar fácilmente. ¡Vamos, vamos allá!

—Vamos pues, dije yo volviendo á entrar en la casa, acompañándole; pero desayunaos antes y rogad á vuestra hermana que nos acompañe. Cuando ella haya visto por sus propios ojos, se convencerá y, no sólo os dará su aprobacion, sino su ayuda.

—Ignoro de lo que se habla, dijo contestando Felicia, que entraba nuevamente sirviendo el almuerzo; pero desde luego estaré á vuestro lado Juan, si M. Sylvestre se encarga de ser el ingeniero, y si vos atendeis á lo que él os diga.

—¡Lo juro por Ruffi! exclamó Juan.

Y almorzó en mi compañía con gran apetito.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

FELICIA fué á ponerse su guardapié corto, su sombrero redondo y sus zapatos ferrados. Iba generalmente vestida de señorita de campo, y estaba bien, pero el traje de montañesa le sentaba á maravilla. Las trenzas sueltas de sus oscurísimos cabellos le llegaban hasta las corvas. Sus piernas finas y nerviosas eran un modelo de forma elegantísimo. A los hábitos de fuerza y de trabajo de las suizas, su naturaleza italiana hermanaba la gracia y la distincion.

Adelantósenos ella, acompañada de Tonino, quien habia vestido tambien los arreos montañeses necesarios á emprender el sério y escarpado paseo que nos proponíamos.

Tonino era un muchacho de formas torneadas, de fisonomía simpática, delicado, atento, de bastante penetracion y cariñoso. Demasiado delicado y demasiado moreno tal vez para el gusto de las gentes del país, parecíame á propósito para ejercer un dia, sobre otras naturalezas de gusto más exquisito, verdadero ascendiente.

—Cedamos el paso á esta linda pareja, me dijo Juan, con aire placentero, y tomando su palo ferrado, me entregó á mí

30725